

que en Colombia no tenemos una cultura al respecto y que rasgándonos las vestiduras y sacando a relucir el patriotismo cada vez que Amnistía Internacional pone el dedo en la llaga no vamos a solucionar nada.

La segunda parte del libro examina el problema derecho-democracia. ¿Es posible una sociedad democrática en las condiciones económicas del Tercer Mundo? La abstención, por ejemplo, es un síntoma de esa decadencia señalada por Offe. El cuadro colombiano resulta patético, aunque el optimismo del autor es notable, incluso utópico. Mas él responde: ¿Es posible la vida sin una dosis de utopía, sin un principio de esperanza? Y en otro artículo agrega que el hecho de ser algo utópico no es un motivo para abandonar un objetivo. Y esto me permite anotar una bondad de esta prosa: El autor no se nos dirige en lenguaje filosófico.

Como dice Gómez Dávila, la humanidad necesita a veces siglos para disociar ideas precipitadamente asociadas. Liberalismo y democracia, por ejemplo. Son dogmas macartistas similares a aquel que pretende que a quien no le gusta el capitalismo es un comunista; o que a quien no le guste el comunismo es fascista; así, a quien no le guste el sistema democrático es un amigo del totalitarismo. Daniel Bell explica que no hay nada desde el punto de vista teórico o práctico que identifique liberalismo con democracia. Kelsen anota que la democracia no está ligada necesariamente con ningún sistema económico, o sea que puede ser compatible tanto con el liberalismo como con el socialismo. Carl Schmitt estima que los términos son tan contrapuestos que sólo una dictadura puede hacer efectiva la democracia. El propio Villar Borda acepta que "entendida la democracia como participación e igualdad y el liberalismo como libertad, se trata de dos principios distintos y que en algún momento pueden estar en tensión..." (pág. 112). Luego trata de conciliarlos. Ahondando un poco —uno de los logros teóricos de este libro—, se descubre que la definición de democracia no incluye el gobierno del pueblo (sólo el gobierno en interés del pueblo). En cualquier caso, una realidad de caos y anarquía se contraponen entre nosotros a una apli-

cación teórica perfecta del dogma democrático. En suma, pienso, somos tan democráticos que, en Colombia, todo el que puede, gobierna.

Hacia el final del libro quiero destacar un estudio histórico acerca del MRL, que está atravesado por la nostalgia.

Así es: ética, derecho, democracia..., en mi modesta visión, resultan de un orden jerárquico; pero como en una reseña sólo me parece lícito exponer las propias teorías cuando el autor no ha dicho nada, lo dejaré para otra ocasión.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Mate y café

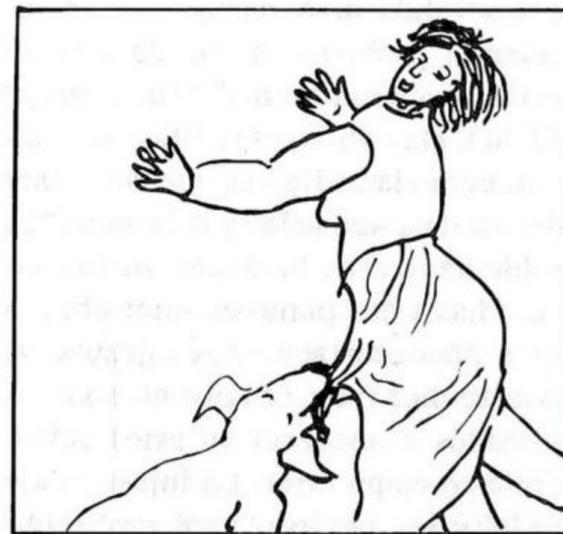
Colombianos y argentinos: historias y encuentros

Juan Gustavo Cobo Borda (comp.)
Asociación Argentina de Colombia,
Santafé de Bogotá, 1994, 384 págs.

Cuando un argentino y un colombiano se encuentran, hablan de tango, de fútbol y de un cuento de Borges que se llama *Ulrika*, en el que el personaje central —un profesor de la Universidad de los Andes— dice que ser colombiano es un acto de fe. Si el colombiano y el argentino son fanáticos del deporte, quizá recordarán también las peleas entre Nicolino Loche y Kid Pambelé y entre Monzón y Valdés. Si son jefes de Estado, inevitablemente mencionarán los nombres de Bolívar y San Martín. Si intiman, al final el colombiano contará chistes sobre argentinos que el argentino no tomará a mal y que incluso —si no es porteño— seguirá repitiendo como chistes sobre porteños. Y si son intelectuales, seguramente terminarán por buscar una gran historia que unifique y dé coherencia a todas esas pequeñas historias.

El libro recientemente publicado por la Asociación Argentina de Colombia —*Colombianos y argentinos*— recoge todas esas pequeñas historias —y algunas más— y en algunos casos trata de darles coherencia. Digo en algunos casos, porque el libro no es una unidad homogénea, sino una especie de serie

de monólogos cruzados. Detrás de muchos de ellos está el tema de la integración latinoamericana, en la que la historia de las relaciones entre colombianos y argentinos sería sólo una parte. En otros predomina la tematización de las relaciones bilaterales en uno u otro campo, como el teatro o el fútbol. Y en otros monólogos —vamos a seguir llamándolos así— el tema es sencillamente argentino o colombiano, y lo único que justifica la inclusión del texto en el libro es que si el tema es argentino el autor es colombiano y viceversa. Tales son los casos del ensayo de Borges sobre *María* y de las notas ligeras de Germán Arciniegas sobre Sarmiento y Bartolomé Mitre.



Después de un preámbulo oficial —en el que el presidente Menem y los expresidentes Gaviria y Betancur hablan de San Martín, de Bolívar, de fútbol, de tango y, en fin, de las cosas que suele hablarse entre argentinos y colombianos— el libro se divide en tres grandes capítulos, cada uno de los cuales, a su vez, se compone de diferentes ensayos o artículos. El primer capítulo se dedica a la historia en el sentido tradicional —es decir, a la historia política y diplomática—; el segundo, a las relaciones culturales entre los dos países, y el tercero —titulado "Presencias"— está formado por textos que al parecer el compilador, Juan Gustavo Cobo Borda, no quiso meter en los otros dos capítulos, aunque hubiera podido hacerlo.

La lectura total del libro deja la impresión de que Cobo sólo hizo el papel de una especie de coleccionista que recoge textos y los reúne pero sin darles un espíritu común. Por eso resulta más adecuado juzgar primero las partes del

LAS PRIMERAS REVISTAS ILUSTRADAS DE ANTIOQUIA

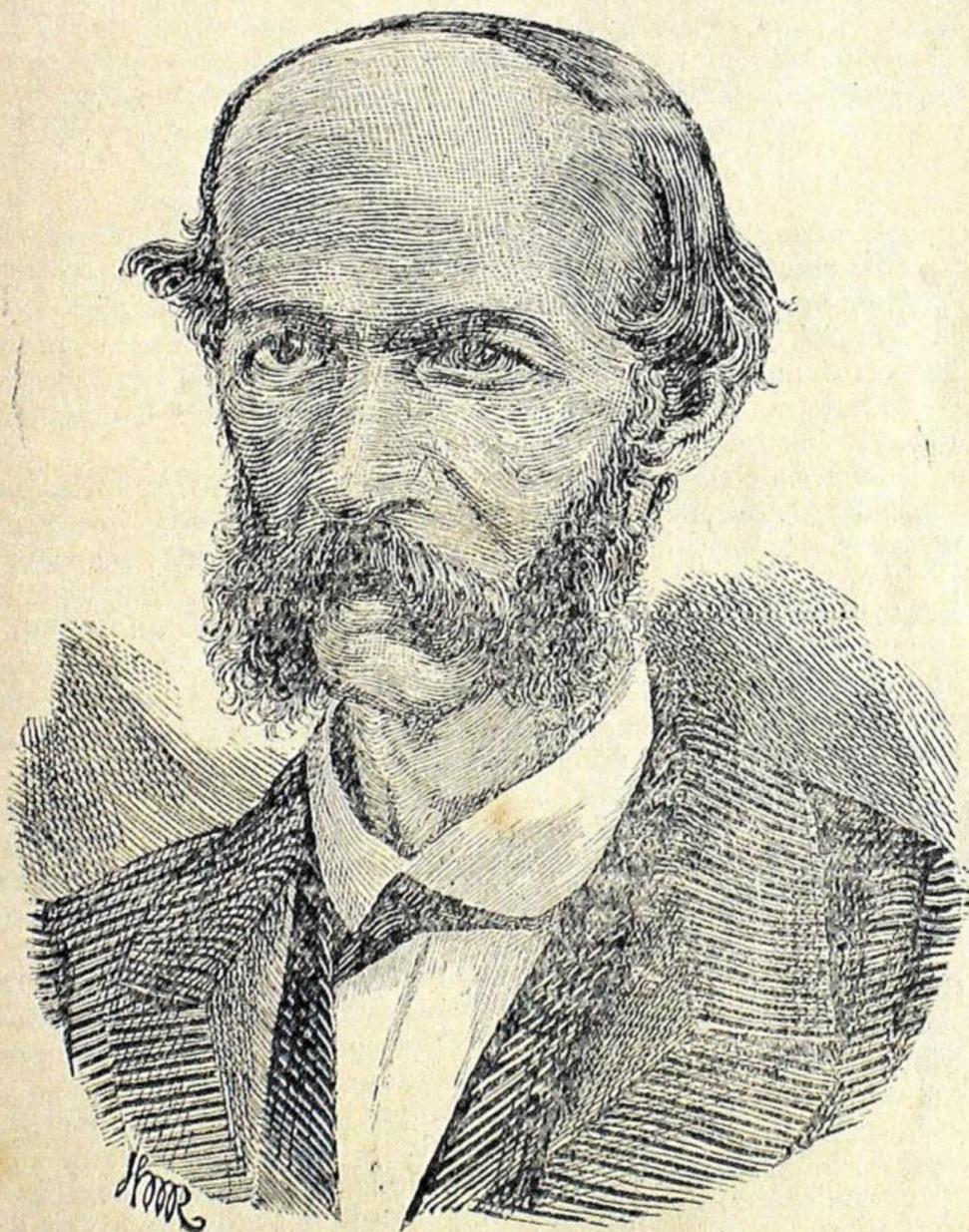
SERIE I.

Medellín, Diciembre de 1896.

NUMERO 6.

El Repertorio

Directores: LUIS DE GREIFF y HORACIO M. RODRIGUEZ.

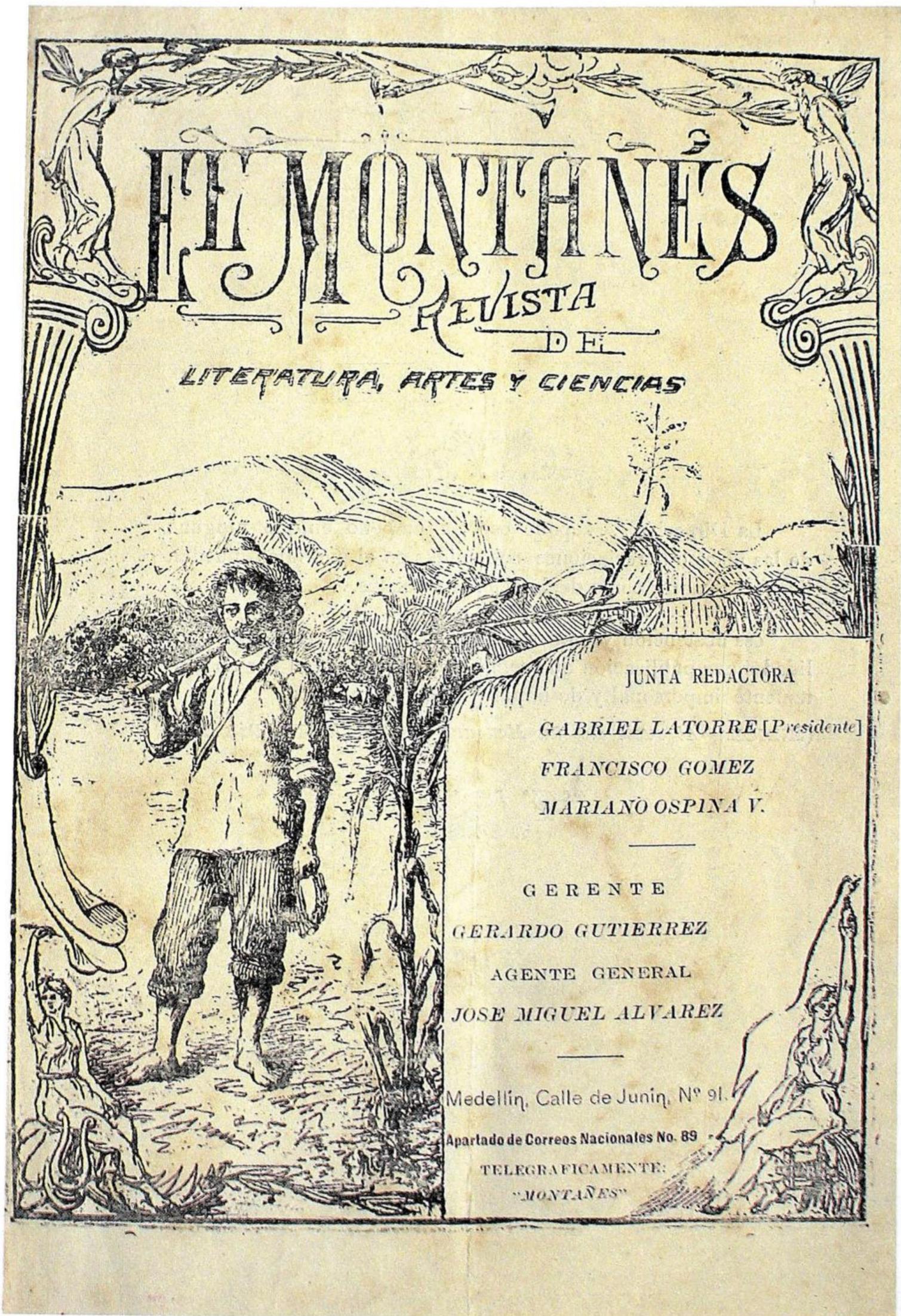


GREGORIO GUTIERREZ GONZALEZ

9 de Mayo de 1826.

† 6 de Julio de 1872.

Horacio Marino Rodríguez, Gregorio Gutiérrez González,
El Repertorio, núm. 6, Medellín, diciembre de 1896.



EL MONTAÑÉS

REVISTA

DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

JUNTA REDACTORA

GABRIEL LATORRE [Presidente]
FRANCISCO GOMEZ
MARIANO OSPINA V.

GERENTE

GERARDO GUTIERREZ

AGENTE GENERAL

JOSE MIGUEL ALVAREZ

Medellín, Calle de Junín, N° 91.

Apartado de Correos Nacionales No. 89

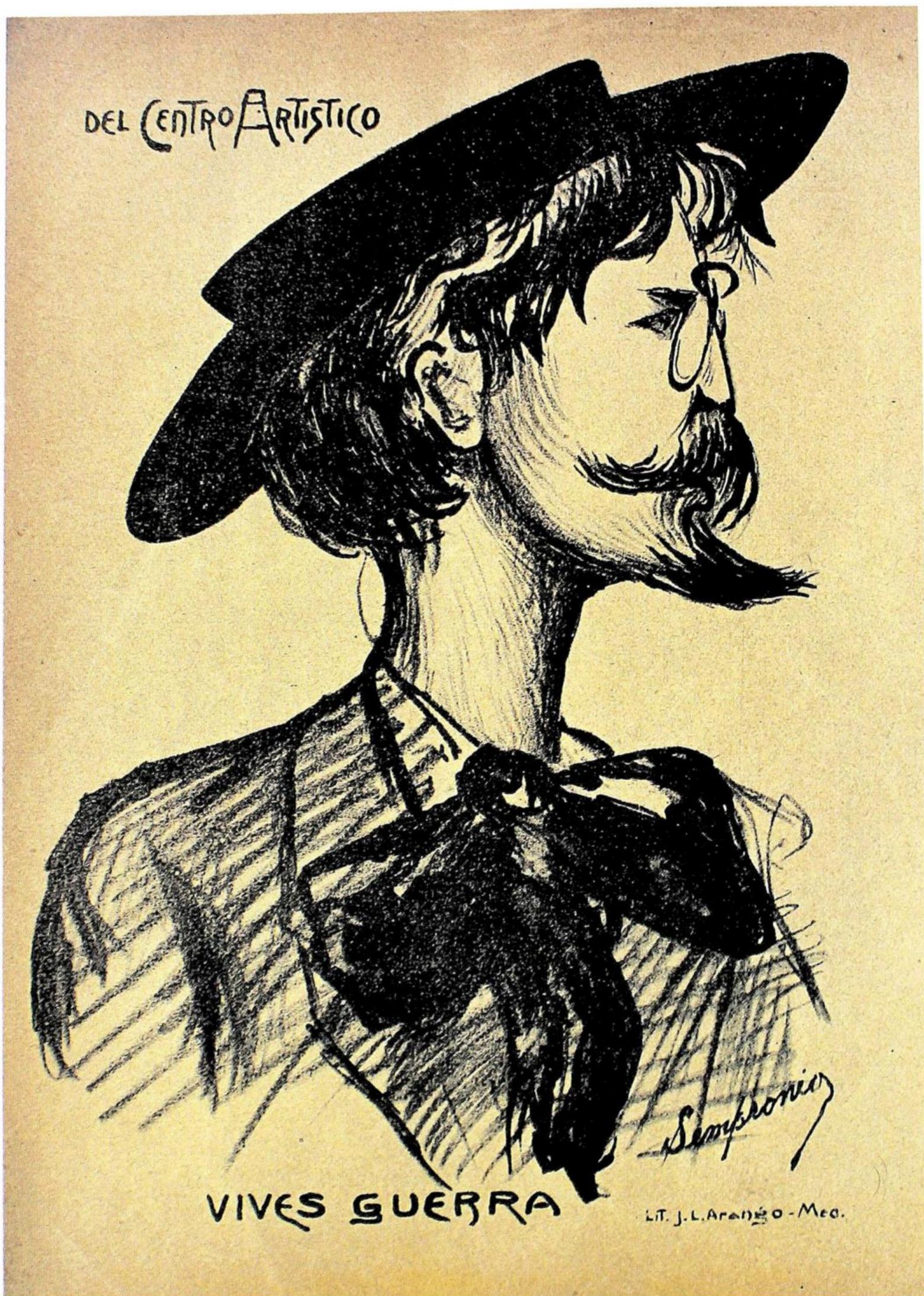
TELEGRAFICAMENTE:

"MONTAÑÉS"

Francisco A. Cano, cubierta para el primer número de El Montañés, Medellín, septiembre de 1897.



Francisco A. Cano, ilustración para la cubierta del primer ejemplar de Lectura y Arte, litografía en piedra, Medellín, julio de 1903.



Sempronio [seudónimo de Marco Tobón M.], caricatura de Julio Vives Guerra, litografía en piedra, Lectura y Arte, Medellín, julio de 1905.

libro para luego tratar de entenderlo como un todo.

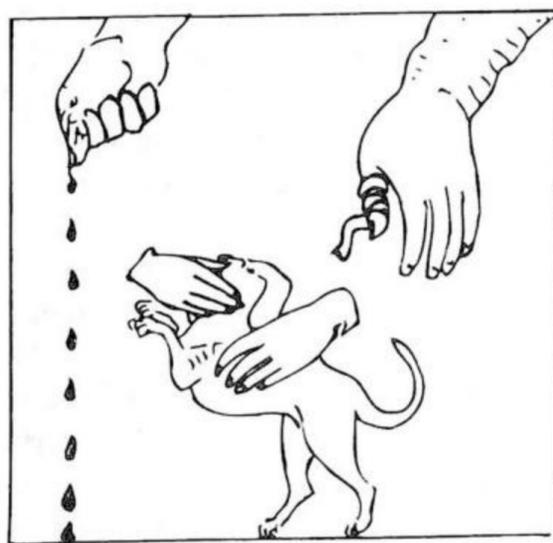
1. *La tentación caudillista*

El primer capítulo está dividido en dos ensayos: *Siglo XIX: La emancipación y la independencia* de Néstor Díaz y *Siglo XX: Relaciones y políticas* de César Torres del Río. Los dos ensayos podrían haber sido pensados como parte de una unidad, pero ése no es el caso; cada uno tiene su propia lógica y pueden leerse separadamente. Cada uno está dictado por una obsesión. El de Díaz, por la del fracaso del sueño de integración bolivariano y sanmartiniano; el de Torres del Río, por la influencia estadounidense en la política exterior latinoamericana. Ambas obsesiones llevan a los dos autores a sucumbir a la tentación de convertirse en apologistas de los caudillos. Díaz se revela como devoto de Rosas, de Melo, del doctor Francia y de Francisco Solano López, mientras que Torres del Río sucumbe piadosamente ante las figuras de Perón y de Rojas.

Quizá las raíces de esta curiosa forma de entender la herencia sanmartiniana y bolivariana esté en la retórica de cierto americanismo que —aunque suele invocar a Bolívar y a San Martín— tiende a rechazar el legado de la Revolución Francesa y, con ello, el legado de la independencia. Ya en el comienzo del ensayo de Néstor Díaz (pág. 15) aparece una curiosa afirmación que sin duda alguna pertenece a esa retórica americanista. Según él, el imperio incaico “fue la primera base, para la idea de una unidad regional en grande” y que con él empezó “la historia de todos los procesos de integración regional” hispanoamericanos. Díaz cree, además, que a partir de eso “deben considerarse los encuentros entre colombianos y argentinos” y ve a Bolívar, a San Martín y a Andrés Bello —entre otros— como herederos del imperio incaico. La afirmación no soporta ningún análisis histórico. En primer lugar, el imperio incaico fue tanto para la actual Argentina como para la actual Colombia un fenómeno marginal, aún en el momento en que estuvo vigente. En segundo lugar, ver la independencia sólo desde el punto de vista de la integración —y

de la integración a cualquier precio— es desconocer la particularidad de la independencia.

Si lo que hubiera buscado la independencia hubiera sido simple y llanamente la integración, lo más sencillo hubiera sido no hacer la independencia, sino profundizar la unidad del imperio español en América. Pero lo que buscaba la independencia —antes que nada— era la implantación de instituciones y principios liberales, y una integración que estuviera acorde con el proyecto independentista sólo podía darse dentro del marco de esas instituciones y de esos principios. Pero Díaz tiende a desconocer esto último. Para él Mitre y Sarmiento, por ejemplo, promovieron “la erosión de los proyectos de San Martín y Bolívar” mientras que Rosas y Francisco Solano López son vistos como herederos de San Martín (págs. 56-57) y José María Melo como heredero legítimo de Bolívar (pág. 52). Cabe decir aquí también que con ello la idea de la integración también se abandona y se piensa sólo en gobiernos fuertes y antiilustrados como continuación de la idea sanmartiniana y bolivariana, con lo que el ideal liberal de la independencia termina deformándose y convirtiéndose en chovinismo militarista. Los perfiles elogiosos que hace de Florentino González y Juan García del Río parecen no ser más que una afortunada inconsecuencia.



El ensayo de Néstor Díaz se deja leer sin dificultades. Se puede discrepar de él en muchos aspectos, incluso a veces hay que discrepar de él. Pero se deja leer sin fatiga. No ocurre lo mismo con las ochenta páginas y las ciento setenta y nueve notas de pie de página del pro-

fesor César Torres del Río. Torres del Río fatigó los archivos de las cancillerías de los dos países, revisó tratados, actas de las conferencias panamericanas, periódicos, y fue haciendo de lo que iba encontrando un artículo al final de cuya lectura el lector no sabe muy bien qué era lo que el autor estaba buscando.

Como las relaciones bilaterales durante mucho tiempo fueron muy pocas, Torres del Río se dedica entonces a las relaciones de los dos países con Estados Unidos y con Gran Bretaña y a las intervenciones de los dos países en las reuniones de los organismos interamericanos, al registrar las cuales el autor parece estar más preocupado por los Estados Unidos de América que por Argentina y Colombia. Su antinorteamericanismo lo lleva a decir que en la segunda guerra mundial “no se trataba [...] de una guerra entre la democracia de un lado y el fascismo por el otro” (pág. 79). Esa afirmación recuerda lo que decía Borges (*Textos cautivos*, Barcelona, Tusquets, 1986, pág. 335) de los anglófilos argentinos, a quienes “un archipiélago más o menos antártico” los llevaron a convertirse en partidarios de Hitler en la segunda guerra mundial, y a quienes creen que toda la historia universal no es más que un maligno complot que tiene como único objetivo el que los países anglosajones manejen a su antojo los designios de América Latina.

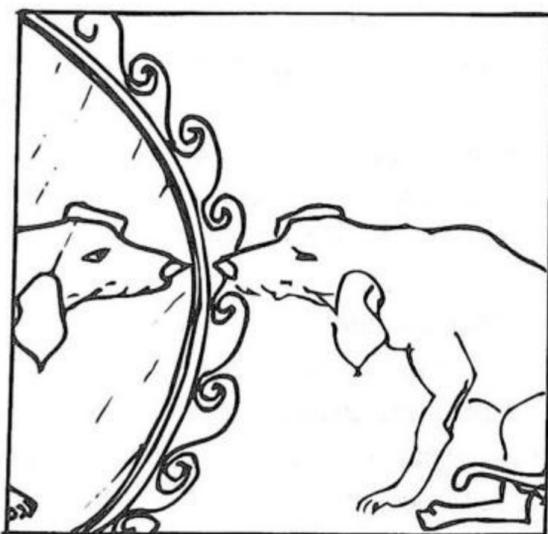
Obsesionado por el enemigo del norte —y enternecido por la política social del peronismo y el binomio pueblo-fuerzas armadas del general Rojas Pinilla— el espacio que deja Torres del Río para hablar de las relaciones colombo-argentinas es muy poco. Menciona que durante mucho tiempo las relaciones bilaterales fueron escasas —casi nulas— y que la cosa cambió a partir de los gobiernos de Betancur y Alfonsín. Enumera los convenios y las declaraciones conjuntas que han tenido lugar desde entonces, pero la importancia y las repercusiones que esto haya tenido o pueda tener es algo que él prefiere dejar al arbitrio de la imaginación del lector. Todo el ensayo deja una contradictoria sensación de saturación de datos y, al mismo tiempo, de escasez de información. Es quizá lo más

prescindible del libro. Ni siquiera las ciento setenta y nueve notas de pie de página sirven para salvarlo.

Después de las arduas páginas de Torres del Río, el lector se encuentra nuevamente con dos voces oficiales: discursos de Menem y de Gaviria. En general se repiten cosas que ya estaban al comienzo, poniendo especial énfasis en la idea de la integración y en la forma como nos vemos los unos a los otros. Es una salida suave hacia los terrenos de la cultura, por los que hay que transitar en el segundo capítulo.

2. *Los argentinos como maestros de Colombia*

Buena parte del segundo capítulo —dedicado a los *Encuentros culturales*— podría resumirse diciendo que los argentinos nos han enseñado muchas cosas. Donde más clara queda esa idea —cuya expresión es un justo reconocimiento a una deuda que a veces se olvida— es en el ensayo dedicado al teatro —a cargo de Carlos José Reyes— y en el artículo sobre deporte, escrito por Hernán Peláez Restrepo.



Reyes da cuenta de la gran influencia que ha tenido el teatro argentino en el desarrollo del teatro moderno en Colombia, desde el impulso dado a jóvenes autores por la compañía de Camila Quiroga, a fines de los años veinte hasta el trabajo empresarial de Fanny Mickey, pasando por la introducción del método de Stanislavsky, que se inició con la presencia en Colombia de la compañía de Francisco Petrone en 1951 y su influencia sobre Enrique Buenaventura. Aunque a veces cae en lo anecdótico, el ensayo de Reyes se deja

leer bien y puede resultar bastante informativo. Algo que Reyes no dice, pero que el lector después llega a saber por la nota de Luciano Londoño sobre el tango, es que con la compañía de Camila Quiroga llegó el primer bandoneón que se oyó en Colombia.

En fútbol, a los argentinos también les debemos todo. Peláez lo reconoce en su artículo, y está muy bien que lo haga. Cierta antipatía que a veces se deja entrever en Colombia frente a todo lo que venga de Argentina en materia de fútbol tiene mucho que ver con el desagrado, y el artículo de Peláez es un pequeño gesto que acaso remedie un poco ciertos desafueros que en el pasado han tenido algunos colegas suyos. Lamentablemente, el artículo de Peláez se ocupa demasiado de las estadísticas y demasiado poco de la poesía que hay detrás del fútbol. Cita listas de goleadores argentinos, de entrenadores que han pasado por la selección, de figuras inolvidables. Pero hay demasiada frialdad en todo ello. No es su culpa. Aunque es un buen comentarista de fútbol, las columnas de Peláez muestran desde hace tiempos que nació negado para la poesía. Pero lo que sí es su culpa es que a veces se equivoque con las estadísticas. El "flaco" Sierra, por ejemplo, no era argentino sino uruguayo, y Converti no llegó a Millonarios en el 76 sino en el 75, cuando fue ya una de las más grandes figuras del campeonato. Y aunque Juan Carlos Sarnari jugó también en el Dim —como Peláez lo afirma— no hay que olvidar que su mejor temporada la tuvo en el 75, cuando salió campeón con Santa Fe e incluso podría decirse que hizo los goles definitivos en el hexagonal final.

Sin embargo, a pesar de esas imprecisiones el artículo de Peláez es un merecido homenaje a los muchos jugadores argentinos que han jugado en Colombia y, como tal, hay que recibirlo con alegría, sobre todo si se tiene en cuenta que en el mundo futbolístico muchas veces ha habido actitudes que se acercan a la xenofobia y que van más allá del chovinismo, como lo comprueba la historia de Navarro Montoya y de los hermanos Perazo, así como la costumbre de clasificar a los colombianos nacidos en el exterior no como colombianos sino como no nacidos en Colom-

bia. Ese tipo de costumbres tendría que desaparecer para que fuera posible cualquier tipo de integración latinoamericana.

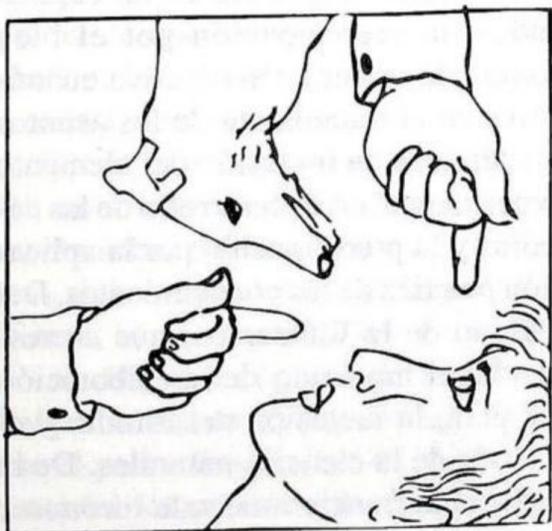
En uno de los dos ensayos de literatura —a cargo de Graciela Maglia— lo más destacado son las páginas sobre Miguel Cané y sus reflexiones sobre el temperamento de los bogotanos. Esas páginas se leen con agrado. Después el ensayo decae y se enfrasca en las enumeraciones sin contexto. Finalmente, a partir de la página 192, la autora se dedica a explicarle al mundo la importancia de la agregaduría cultural de Juan Gustavo Cobo Borda en Buenos Aires. Después del elogio a Cobo viene un ensayo de Cobo, lamentablemente plano y enumerativo, sobre la literatura argentina reciente.

El capítulo lo completan una serie de notas sobre arte a cargo de Graciela Maglia —en las que es sorprendente lo poco y lo superficialmente que se habla de Marta Traba—, una desconsoladora nota de Luciano Londoño sobre tango y una ponencia sobre la integración que Manuel Hernández y Juan Gabriel Tokatlián presentaron en un congreso en 1991 en Bogotá. Mientras los artículos de Peláez y de Reyes se ocupaban de relaciones reales entre los países —con lo cual colaboran modestamente a la integración, lo cual parece ser el propósito rector del libro— Hernández y Tokatlián prefieren dedicarse a la integración en abstracto, y en su empeño nos brindan doce páginas de nebulosas en las que hablan sobre cosas que van desde la leyenda de El Dorado hasta la Alianza para el Progreso, pasando por la importancia que puede tener el transporte fluvial para la integración latinoamericana. A pesar de alguna que otra observación particular interesante, la falta de coherencia hace de la ponencia un texto casi ilegible.

3. *Misceláneas y presencias*

Si el libro en general puede dar la impresión de ser el capricho de un coleccionista sin criterio, el último capítulo ofrece acaso esa única impresión. Y sorpresivamente resume —en modestas 96 páginas— casi el resto del libro, si se prescinde de los extremos caudillistas de Néstor Díaz y de las ciento

setenta y nueve notas de pie de página del profesor César Torres del Río. El capítulo comienza con un artículo de Gabriel Betancur Mejía sobre la integración latinoamericana. Parte del pensamiento de Bolívar y San Martín y al final elogia los esfuerzos integracionistas de los gobiernos recientes, para lo cual termina incurriendo en el desafuero de declarar a Menem sucesor de San Martín (pág. 298). La visión que da Betancur Mejía de la integración tiende a la grandilocuencia. Empieza diciendo que lo que se perdió al no ratificar el tratado del Congreso Anfictiónico fue la posibilidad de ser potencia mundial, y a continuación enumera una serie de males que no hubieran ocurrido si el tratado se hubiera ratificado. En medio de esta grandilocuencia, se puede pensar si el culto a la idea bolivariana no conducirá a veces a canonizar de tal manera la idea de la unidad, que al final se hace imposible toda crítica. La unificación en grandes países no les garantiza a los pueblos necesariamente una suerte mejor. La suerte de Rusia —por poner sólo un ejemplo— no ha sido mejor que la de los suizos franceses. Lo anterior no implica pensar que la integración no es deseable, pero sí que hay otra serie de elementos que hay que considerar, cuando se habla de integración, para no terminar canonizando no la integración real sino la pretensión de grandeza, como lo hace Néstor Díaz. Betancur Mejía piensa todo el tiempo en la Unión Europea. A ese respecto, es bueno aclarar que el camino que ha llevado a la integración de Europa ha sido largo y ha implicado el trabajo de muchas organizaciones no oficiales o semioficiales que se han ocupado de la integración en pequeño, sin la cual la integración en grande no es posible.



Después se reproducen dos artículos de Arciniegas sobre Sarmiento y Mitre, el ensayo de Borges sobre *María* y —algo realmente agradable de leer— fragmentos de las memorias del maestro Pedernera, en las que la vieja gloria del fútbol dice que las dos cosas que más lamenta es no haber jugado un mundial y no haber conocido a Gardel, con lo cual logra una figura poética que sin duda agrada a muchos argentinos.

Finalmente el libro se cierra —o debería cerrarse— con un estupendo artículo de Daniel Samper Pizano titulado “Defensa de los argentinos” que el lector —que ha pasado por el desierto de la prosa del profesor Torres del Río— siente como un oasis. El artículo de Samper deja claridad con respecto a algo contra lo cual quizá ha sido pensado todo el libro: los prejuicios contra los argentinos, que casi se podrían calificar de racismo. Esos prejuicios existen, y el libro que se comenta aquí es un aporte para que se acaben. Por eso, con todos sus defectos, es un libro que tiene mucho de positivo. Pero precisamente, por esto último, la insatisfacción de que el libro no sea mejor es aún más grande. Todo lo que falta duele más, porque es necesario, y lo que sobra estorba más, porque le quita campo a lo que falta. Como al final el director editorial, Carlos José Trógolo, dice que el trabajo que intenta el libro apenas comienza, me permito sugerir algunos caminos que puede transitar ese trabajo. Lo primero sería una reflexión sobre el movimiento universitario de Córdoba y su dimensión latinoamericana, lo segundo es una reflexión sobre las posibilidades de cooperación científica y académica entre los dos países, en lo cual es fundamental el intercambio de estudiantes. Esto último ha sido uno de los pilares de la integración en pequeño en Europa. Por último —y esto ya en otro campo— sería deseable que se hiciera un trabajo sobre la recepción del tango en Colombia. Ese trabajo —que implica una reflexión sociológica— compensaría la pobre nota con que Luciano Londoño despachó el tema en este libro. Pero quizá el vacío más grande —que habría que remediar en trabajos futuros— es el de una concepción global del trabajo. He llamado monólogos a los textos. Lo son

en el sentido de que cada autor habla solo y no se comunica con los otros. Las distintas disciplinas tampoco se comunican entre sí, y en ese sentido es claro que no se puede hablar de trabajo interdisciplinario. Todo ello hace que el libro no sea propiamente un libro, sino una acumulación de textos que yacen en el lindo volumen como animales disecados en busca de su taxidermista.

RODRIGO ZULETA

Comencemos por la definición...

El castellano, el método y la pedagogía en el primer plan de estudios de la Universidad de Antioquia
Fray Publio Restrepo González, María Resfa Arango Pérez
 Universidad de San Buenaventura, Medellín, 1993, 164 págs.

El cometido principal de este libro es presentar, interpretar y valorar el primer plan de estudios del Colegio de la Nueva Fundación de San Francisco de Medellín, hoy Universidad de Antioquia, elaborado por su fundador, el padre franciscano fray Rafael de la Serna, en 1806. En el desarrollo del libro se distinguen dos dimensiones coherentemente articuladas: una filológica y otra pedagógica. La primera se concreta en la transcripción íntegra del manuscrito original, la presentación de algunas muestras del texto, la identificación y equivalencia de las abreviaturas más frecuentes en el manuscrito, la elaboración de un vocabulario, la presentación de algunas muestras de la “Tabla para la inteligencia de algunos vocablos” con que el franciscano fray Pedro Simón acompaña sus *Noticias históricas de las conquistas de tierra firme en la Indias Occidentales*, publicadas en Cuenca en 1639. La dimensión pedagógica está relacionada con el reconocimiento, interpretación y valoración de los principios metodológicos de la pedagogía franciscana más relevantes